



Pedro Cerezo Galán
María Zambrano. Razón poética y esperanza
Madrid, Sindéresis, 2024

Toda obra humana es un destello de la época en la que ha cobrado vida. Así que, en medio de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, Picasso no habría podido concebir un arte idílico al estilo de las pinturas de Botticelli. En el Renacimiento italiano se representaba la armonía del universo, del cual el ser humano se sentía epicentro como hijo predilecto del Creador. En cambio, en la primera mitad del siglo XX, el ser humano padecía una realidad tremendamente ajena a Dios, más bien intentaba salir a flote en un mundo despedazado por guerras inciviles y mundiales que reflejaban la pérdida del alma. De este marco emergen los gritos, la desolación y el sinsentido de la violencia bélica que Picasso ha representado en el *Guernica* y las laceraciones tanto humanas como metafísicas que pueblan la producción intelectual de María Zambrano.

Ahora bien, en la biografía intelectual de María Zambrano escrita por Pedro Cerezo Galán, se perciben dichas laceraciones, aunque balanceadas con cierta proyección optimista de la vida humana concebida como labor de amor de raigambre sagrada. En las más de quinientas páginas que constituyen este importante volumen, el lector descubre cada uno de los resquicios de un pensamiento que se ha ido moldeando a la vida, rastreando un antídoto al nihilismo. María

ha experimentado en su propia piel, en «carne viva de pasión» (p. 23), el entusiasmo de la Segunda República española, la Guerra Civil seguida por el Franquismo, el exilio y el regreso a su tierra natal.

Los méritos de la investigación ofrecida por el profesor Cerezo son múltiples: pesquisas exhaustivas acerca de un pensamiento complejo —por ser asistemático y variado—; claves interpretativas esclarecedoras de los textos seleccionados y de los contextos históricos en los que fueron elaborados; aplicación de las reflexiones de María Zambrano a los desafíos de nuestra actualidad.

En esencia, se comparte un análisis atento de la evolución de la «razón poética» zambraniana, presentada como el núcleo palpitante de un pensar con resonancias órfico-pitagóricas que es «existencialismo cristiano» (p. 35).

La investigación arranca con la huella que los grandes maestros han impreso en la joven María. Se trata del «temple existencial, poético/religioso, del pensador vasco» (p. 44), o sea Unamuno, recordado como «un místico sin método y sin experiencia radical de la noche oscura» (p. 50), amante de los símbolos tan esenciales en el filosofar zambraniano. Se trata también del rigor aristotélico de Zubiri, en cuyo cauce la pensadora malagueña plantea: «el sentir de la realidad» y «el alma con su fondo abismal» (p. 53). Acto seguido se recuerda el «corte abrupto, abisal, como falla geológica» que produce la «razón poética» en «la tierra firme de la metafísica de la razón vital» (p. 61) orteguiana. Sin embargo, Zambrano hereda de Ortega cierta sensibilidad por las «circunstancias», donde se puede encontrar un nexo indisoluble entre vida y filosofía. La argumentación se detiene en las tres cartas que la discípula dirige al maestro madrileño entre 1930 y 1932, desvelando las luces y las sombras de una comunicación aplastada por el peso de España entre una monarquía agonizante, las dictaduras y los anhelos republicanos. Por último, no pasan desapercibidos

Blas Zambrano y Machado: voces paternas prácticamente yuxtapuestas que entregan a la filósofa veleña la inquietud de mirar el universo bajo el sello de la heterodoxia filosófica y espiritual, en contra de los sistemas dominantes. Machado, en detalle, le enseña a María que hay que trabajar a partir de la unidad entre «poesía, pensamiento y política» (p. 87). Doña Araceli Alarcón, madre de la filósofa, aparece como maestra de «misterio y adivinación» (p. 102).

Avanzando en la lectura del volumen, se halla el estudio de las principales monografías de María Zambrano. Sobresalen varios textos. En primer lugar, *Horizonte del liberalismo*, obra que confirma el compromiso político de la incipiente pensadora, en búsqueda de una «razón de amor» enraizada en un «cristianismo social» (p. 111). Sigue *Los intelectuales en el drama de España*, manifiesto zambraniano en contra del idealismo. Luego, llegan las obras engendradas en el exilio como *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*, donde la «razón poética» se desprende de la «reflexión histórica/republicana» para convertirse en una «meditación intrahistórica [...] sobre la herencia de España» (p. 167). Se hace hincapié en *Delirio Destino*, *El hombre y lo divino*, *La agonía de Europa* hasta las obras tardías como *Claros del Bosque* y *Los bienaventurados*, textos en los que se percibe el viraje de la «razón poética» desde España hacia el mundo, desde la política hacia la mística, desde el estilo literario del ensayo hasta el «aforismo», la «sentencia» y los «enigmas» (p. 360).

Todo para subrayar que María cree que hay esperanza para la humanidad pese a las heridas de la contemporaneidad. Es preciso invertir en la democracia fundamentada en la dignidad de la persona y en el respeto hacia la madre tierra, cuyas raíces nos invitan a entrar en contacto con una placenta sagrada de la que procedemos y hacia la que hay que tender para dar sentido a nuestro existir pasado, presente y futuro. Sin rencores por los errores cometidos, pero con empatía por la respiración ajena, abogando una solidaridad

mundial en el nombre de la acogida de lo heterogéneo —piénsese en los migrantes (pp. 422-423)— y de la ecología (pp. 510-511). A este propósito, Cerezo habla de un «cristianismo cristológico y encarnatorio de María Zambrano» (p. 276) porque quiere devolver a la producción filosófica de esta autora su dimensión teológica y a la vez política, superando barreras ideológicas que han solido encorsetar a la «razón poética» en esquemas historiográficos reduccionistas.

Mientras tanto, se abre un diálogo constante entre María y la inmensa constelación de intelectuales con los que ha topado en su epopeya metafísico-experiencial: tal y como, —valgan exclusivamente de ejemplo— Séneca, San Agustín, Dante, Juan de la Cruz, Rousseau, Galdós, el amigo Ulyses, Federico García Lorca, Pablo Neruda, Francisco Romero. Asimismo, se arroja luz sobre el enredo de similitudes y discrepancias filosóficas que cabe hilar entre la «razón poética» y las contribuciones de Feuerbach, Nietzsche y Heidegger. Se entreve incluso a Araceli Zambrano, hermana de la filósofa, como musa inspiradora en los largos paseos aurales que hicieron posible la escritura de *Claros del Bosque* (p. 383).

El lector se encuentra también con textos menos conocidos. Véase «*Poema y sistema*», crucial para el rescate de la religión que Zambrano obra al lado de la filosofía y de la poesía (pp. 202-203). No faltan herramientas centrales del pensamiento zambraniano abordadas desde el prisma de su riqueza epistemológica, en especial el «corazón», la «sangre», la «aurora».

Finalmente, llama la atención el encuentro personal entre el autor de la investigación publicada y la autora investigada, otorgando a la lectura un halo entrañable a medio camino entre metafísica y vida. Según afirma Pedro Cerezo: «Quiero contribuir [...] a reparar una deuda histórica de la inteligencia española con la pensadora andaluza y en particular, devolverle la cálida acogida que tuvo a bien dispensarme, cuando la conocí, a su vuelta del exilio, honrándome con su

amistad. Guardo en la memoria viva del corazón —que es más fiel—, sus palabras entrecortadas y el ritual casi litúrgico de aquellas visitas, donde MZ, como una nueva sibila, fue revelándose, a la hora del té y al albur de la conversación, algunas claves de su pensamiento. Aquí resuenan todavía algunos ecos de aquella voz inolvidable» (p. 23).

VERÓNICA TARTABINI, UNIVERSIDAD DE GLASGOW (UK)